

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Martes, 18 de Septiembre de 2012



CUADRAGÉSIMO SEGUNDO CAPITULO. EL VESTIDO AZUL.

Prefiero pensar que lo que mis ojos vieron, no ocurrió realmente. Todavía sigo traumatizada, o más bien, desorientada, desconcertada... no sé, no sé ni cómo describir cómo estoy realmente. Nunca, ni en mis sueños más extraños, ni en mis más extravagantes pensamientos, ni siquiera fruto de algún delirio febril, nunca mis ojos contemplaron tal escena. Soy consciente de que "algo", no sé decir realmente qué, o quién, o quiénes, se empeña en recordarme, en recordarnos, que está ahí, que de alguna manera existe y se quiere reivindicar, se quiere hacer notar. No es miedo lo que siento al recordar todos y cada uno de los instantes en los que mi cuerpo se entumeció, se estremeció, se petrificó. No es mi miedo lo que consiguió que mi piel se erizara. Estoy convencida de que no es el miedo lo que, a modo de unos dedos invisibles, recorrieron mi cuerpo desde los pies hasta la nuca. Simplemente son sensaciones, pero tan especiales, que no encuentran cabida en ningún tipo de diccionario. Quizás, solo en el diccionario del alma.

Debo aclarar que nunca he tenido ningún tipo de sentimiento religioso, ni vocación hacia lo que tuviera algo que ver con todo eso. Para mí, ni la Biblia, ni la Iglesia, ni la Cruz han tenido ningún tipo de significado. Y aunque nunca he negado la posibilidad de que Dios exista, sin embargo, no creo en iglesias ni en congregaciones religiosas. No es que las deteste. Simplemente, es que no significan nada para mí. Esto no significa que yo nunca me haya preguntado sobre el sentido de la vida y todo eso. Sin embargo, las respuestas que he creído encontrar, para nada se ajustan a los parámetros religiosos. Pienso (porque, a pesar de todo, aún hoy lo pienso así) que la vida se acaba con la muerte y no hay otras vidas tras esta que vivimos en estos momentos. Aferrarse a una religión con el único objetivo de intentar "salvar" una vida que, por propia definición, tiene que acabar sin más remedio, no es comprensible.

Siempre he mostrado mi respeto, y a veces, mi admiración, por quienes profesan un sentimiento, que debe ser muy especial y muy fuerte, como es el de la fe. Pero nunca se me han dado razones, pero razones clarificadoras, convincentes, o pruebas irrefutables, de que esta fe es la verdadera. De que, detrás de esa fe hay algo más, algo por lo que merezca la pena creer, sentir, pertenecer a una comunidad de fieles y sentirse orgullosa de ello. Sé que razón y fe nunca van de la mano. Yo estoy en el lado de la razón. Ella sí me da pruebas y razones convincentes y clarificadoras para explicar lo que es esto que estamos viviendo: nuestra vida. Aún así, y desde que mis ojos vieron lo que vieron, a la fe le otorgo el beneficio de la duda. Creo conforme creía antes de haberme sucedido lo que os contaré, es decir, nada. Pero no sé, ahora veo con otros ojos todo en cuanto a la fe. Pero sin dejar mi ateísmo aparcado.

Me veo obligada a hablar de mi madre. No porque crea que sea la protagonista de lo que sucedió, pero admito que, en mi corazón, algo me dice que algo tuvo que ver. No sé. Dejaré aparcadas mis teorías, todas ellas infundadas, porque mi racionalismo no me sirve en este caso. Mi madre tenía una fe tremenda. Era de esas extrañas, y a la vez, entrañables mujeres que rezan a diario el rosario en casa. De esas que acuden a misa todos los domingos. De las que confesaba y comulgaba asiduamente. En definitiva, una mujer clásica de las de mucha iglesia y mucho santo. Yo recuerdo haberme enfrentado a ella en unos intensos debates acerca precisamente de la fe. Al final, como siempre, yo resultaba vencedora y lograba enfadarla. Pero ella siempre lograba apuntillarme algo en lo que nunca había reparado: "Como dices que no tienes pruebas fehacientes de que no existe nada tras esta vida, ¡cuando llegue mi hora, ya te las daré!" Mi intención, por supuesto, no era enfadarla, ni pedirle pruebas de algo sobre lo que yo ya estaba segura: que no había nada tras la muerte. Pero no sé, quizás ahora sea necesario construir el puzzle.

La enfermedad terminó por llevarse a mi madre hacia ese otro mundo en el que yo no creo. Los últimos días de vida los pasó en su dormitorio, entre tiritones, desvaríos y dolores. Cuando ya contaba sus últimas horas, me dijo exactamente cómo quería ir vestida para su entierro. Me indicó que debía ser el vestido azul cobalto, ése que llevaba guardado tanto tiempo en el tercer cajón del armario. Era el mismo con el que se había casado con mi padre cuarenta y ocho años antes. Entre las manos debía llevar el rosario púrpura que compró en una de las ocasiones que estuvo en Lourdes. Nunca le gustaron los zapatos, y quizás por eso me comentó que no quería ir calzada. Quería llevar, eso sí, unos pantys blancos impolutos. Como buenamente pude, hice cumplir sus últimas peticiones. Poco después, falleció. Ha sido un palo muy duro para todos, empezando por mi padre. La enfermedad se la llevó muy rápido, casi sin avisar. Pero la vida, simplemente, también es así.

El día del entierro lo tendré grabado en mi memoria de por vida. Por respeto hacia mi madre, pisé la iglesia deseando no tener que volver a hacerlo. O al menos, pronto. Todo son recuerdos. Y cuando ves bajar el féretro, sabes que nunca más volverás a ver a tu madre. Es una despedida realmente. La última. La más sagrada. La más eterna. La más cruel.

Los días posteriores fueron horribles. Todos estábamos apesadumbrados, como si realmente ya no mereciera la pena vivir. Yo intentaba animarlos, pero no soy muy buena en eso. Sobre todo, porque yo también estaba muy triste. Y así fueron pasando los días, y completamos el primer mes. Y así el siguiente, y el siguiente... hasta que...

Ese día me tocaba a mí limpiar la casa de mis padres. Mi padre está muy mayor y no se basta solo, tenemos que cuidarlo, porque sigue viviendo en la casa. Había limpiado ya el baño y la sala de estar, mi padre acababa de terminar su desayuno, limpié los cacharros y me dirigí hacia el dormitorio. Mi padre ya no duerme en el dormitorio conyugal. Se siente muy solo y le da por llorar. Le habilitamos la habitación donde antes dormía mi hermano pequeño, y allí descansa como buenamente puede. El dormitorio conyugal se ha convertido en la habitación menos visitada de la casa. Nadie entra allí. Mi padre, desde que murió mi madre, ya no pisa por allí. Desde luego, hasta ese día, creo que nadie había entrado en el dormitorio. Estoy completamente segura. De hecho, tuve que preguntar a mi padre sobre el paradero de la llave para poder entrar, porque la puerta tenía la llave echada. He de confesar que algo dentro de mí se removió cuando introduje la llave en la cerradura. Es una sensación a medio camino entre placentera y temerosa. Algo me decía que dentro iba a ver algo, o a presenciar algo, o no sé. No quiero volverme loca pensándolo, pero fue tal y como lo cuento. Al abrir la puerta, lo primero que mis ojos vieron fue la tenue luz que a duras penas penetraba por el cristal de la ventana. Y sin embargo, mis ojos rápidamente se fijaron en la cama. Casi instintivamente me dio por mirar hacia el techo, y puede ver cómo algo, no sabía muy bien qué, iba cayendo lenta, muy lentamente. Así, hasta posarse muy suavemente sobre la colcha de la cama. No supe reaccionar. Quise chillar, pero mi grito estaba ahogado. Quise echar a correr, pero mis piernas estaban entumecidas. En ese momento me percaté de que algo colgaba de la lámpara, como si fuera un colgante o algo así. Además, parecía balancearse de un lado a otro, como si acabara de ser colocado ahí. Armándome de valor, que no sé ni de donde lo pude sacar, llegué hasta el interruptor y encendí la luz. El cuarto se iluminó. No daba crédito a lo que estaba viendo. Lo que se extendía sobre la cama, nuevo, como recién planchado, era precisamente el vestido azul cobalto como el que llevaba puesto mi madre en su entierro. En la lámpara, enlazado todavía no sé muy bien cómo, estaba el rosario púrpura que mi madre llevaba entre sus manos. Y, por si fuera poco, sobre la mesita de noche, enrollados como si estuvieran dispuestos a ser guardados, aparecieron los pantys blancos.

Cuando tuve fuerzas y pude recuperarme, llamé a todos, tanto a quienes estaban en casa como a quienes solo podían estar por teléfono, y les conté lo sucedido. Mi padre tuvo un ataque de ansiedad y tuvimos que hospitalizarlo durante algunas semanas. Yo, mis dos hermanas, y mi hermano, nos abrazamos como creo que nunca antes lo habíamos hecho. No acierto todavía a descifrar, si es que de eso se trata, el mensaje. Porque, ¿qué sentido tiene que aparezca la vestimenta y el rosario que tu difunta madre llevaba en su entierro en el lugar donde murió? No lo adivino. No sé si es que no quiero adivinarlo, o no puedo. ¿Es una señal? Y, si lo es, ¿Cuál es su significado? Creo que es algo positivo, pero prefiero pensar que lo que mis ojos vieron, no ocurrió realmente.